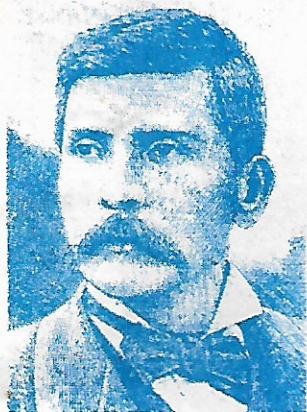


Tomo II Noviembre de 1998

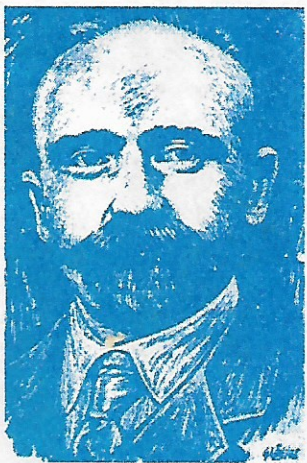
La Gaceta CEHIPO¹⁸

Organo de Comunicación entre Aficionados, Estudiantes y Profesionales de la Historia



Las mujeres en la vida del caudillo Porfirio Díaz

Vida y muerte del Reformador don Melchor Ocampo



En la Ciudadela se derrotó a la democracia

\$ 10.00

Editada por el Centro de Estudios Históricos del Porfiriato CEHIPO

NÚMERO:

Noticias del medio

12



14

El Archivo histórico de Michoacán

Una entrevista a la historiadora Elva Edith Ruiz Magaña.

Reporte de obras nuevas

20



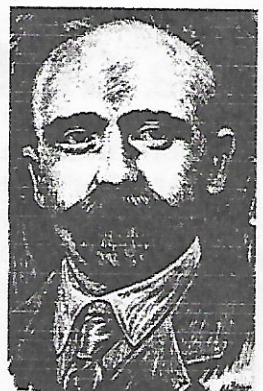
16



La educación de la mujer como un tema preocupante a lo largo de la Historia del México independiente

Si es niña...¿Cómo podré educarla?

19

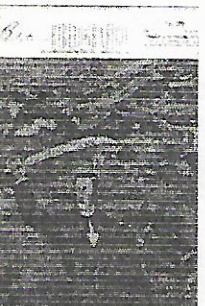


Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada

Una Institución dependiente de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público.

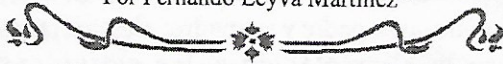
22

La batalla de la Ciudadela, la derrota de la democracia



LA batalla por Ciudadela, derrota de democracia

Por Fernando Leyva Martínez*



El pasado se transmuta en teatro de la vida

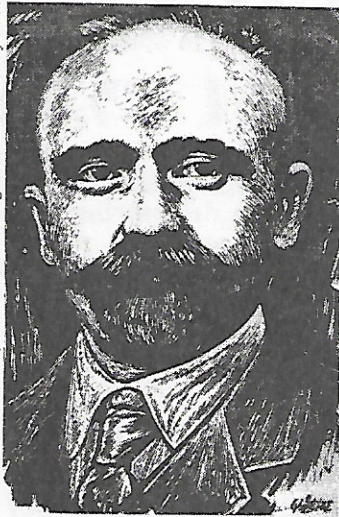
J. H. Plumb

La historiografía contemporánea mexicana se plantea interrogantes sobre el gobierno de Francisco Madero. Las causas son diversas. Hay quienes aseguran que la solución a los problemas presentados durante su gobierno residen en el manejo que dio a la política, otros asientan que fue su candidez y otros más opinan que con su arribo a la presidencia se evidenció un vacío en el poder. Pues bien, de esta última postura se abordará el impacto decisivo que tuvo para los destinos políticos la confabulación de militares apoyados por diplomáticos acreditados en México para el derrocamiento del presidente Madero. Uno de los episodios más ilustrativos es la batalla por la posesión y dominio de La Ciudadela, que fue el talón de Aquiles para el frágil proceso democrático del país; asimismo fue uno de los momentos más difíciles para la consolidación de las demandas revolucionarias. Se peleaba las tendencias decimonónicas contra los aires innovadores.

La situación política que vivió el régimen de Francisco Madero al arribar a la primera magistratura —el 6 de noviembre de 1911 y cuyo periodo de gobierno constitucionalmente concluiría en 1916—, parecía prometer grandes cambios a la estructura general del país; sin embargo, no se pudieron implementar un conjunto de reformas rápidamente (reparto agrario, jornada de 8 horas de trabajo y licenciamiento de tropas porfiristas), por ello se volvieron a levantar en armas personajes como Pascual Orozco y Emiliano Zapata quienes en un primer momento habrían apoyado la revolución maderista.

Las condiciones por las cuales atravesaba el gobierno maderista hicieron suponer a muchos de los embajadores acreditados en México, principalmente al decano del cuerpo diplomático, Henry Lane Wilson, que tal

Del libro *Madero y la democracia* de Jorge Fernández de Castro y Finck



políticas del presidente—no fue removido, ni siquiera licenciado como lo hicieron otras revoluciones exitosas de México y América Latina. La orden dada fue desmovilizar algunas divisiones revolucionarias y otras incluirlas bajo la tutela del ejército federal. Medida que tuvo severas consecuencias e incluso fuertes disputas al interior del gobierno.

A los quince meses del inicio del primer gobierno democrático (febrero de 1913) la efervescencia política y militar continuaba, los personajes opuestos al régimen tenían montada una campaña periodística que atacaba la figura presidencial, mientras tanto los diversos movimientos armados en contra de Madero, orozquistas y zapatistas, crearon el clima propicio para que se diera un levantamiento en la misma ciudad de México. Al respecto Friedrich Kats subraya que: “En enero de 1913 se organizó una nueva conspiración contra el gobierno de Madero, una conspiración en la cual los grupos conservadores rivales lograron unirse por primera vez y enterrar, por lo menos temporalmente, sus diferencias... Los conspiradores habían establecido contacto con muchos oficiales del ejército, y parece ser que ya entonces Wilson estaba también al tanto de estos planes”¹

En febrero de 1913 las condiciones estaban dadas para el derrocamiento de Madero, ya que carecía de apoyo dentro del ejército y solamente las tropas revolucionarias que componían los batallones de rurales y contados generales eran leales al gobierno. Sin embargo, una cuestión sería fundamental para la caída del gobierno: el ejército federal no fue licenciado y los generales

administración no terminaría su periodo de gobierno. Madero enfrentó la inestabilidad política suscitada por el vacío de poder dejado por el destierro del general Porfirio Díaz. Para contrarrestar dicho fenómeno pensó en articular un gabinete mixto, antiguos porfiristas combinados con algunos de sus seguidores.

El caso del ejército porfirista —como fiel reflejo de las medidas

Pasa a la página 24

La batalla por...

Viene de la página 19

porfiristas se sintieron con todas las atribuciones para exigir el puesto de mayor relevancia política dejado vacante por Porfirio Díaz: la Presidencia.

La confabulación militar en contra del gobierno maderista estaba encabezada por los generales porfiristas Manuel Mondragón, Félix Díaz y Bernardo Reyes; estos dos últimos se encontraban presos y desde la cárcel formaron parte en el diseño del levantamiento militar de algunos batallones de la capital. La acción militar de los pronunciados estaba dirigida a capturar Palacio Nacional y presionar a Madero para que renunciara al cargo y nombrara al general Reyes como presidente del país.

Esta sedición tenía más implicados; la operación militar aglutinaba tanto a generales del ejército federal, Manuel Mondragón, Félix Díaz y tentativamente a Victoriano Huerta, quienes, una vez desaparecido el general Reyes, estaban de acuerdo en los lineamientos políticos estipulados por el embajador norteamericano Henry Lane Wilson, quien por su parte presionaba al cuerpo diplomático acreditado en México a desconocer al gobierno. El proceder del embajador hacía pensar que la intervención norteamericana era inminente.

Los militares levantiscos habían fijado el 13 de febrero para el inicio de sus operaciones. No obstante, la confabulación corría el riesgo de ser descubierta y las tropas felicistas y reyistas se movilizaron para sacar de la cárcel a sus dirigentes de Santiago Tlatelolco y se enfilaron con rumbo al Palacio Nacional, pensando que ya estaba tomado por tropas pronunciadas.

En los primeros momentos —quizá los más difíciles para la causa democrática— los militares presos fueron puestos en libertad, de tal modo que pudieron ponerse al frente de sus tropas. A pesar de la rápida operación militar, el general Lauro del Villar, leal al gobierno maderista, consiguió defender y rechazar a los pronunciados que amenazaban con tomar Palacio Nacional, implementó rápidamente la defensa del inmueble. Ordenó apostarse a francotiradores en los techos de las construcciones vecinas en torno a la Plaza de Armas. Es así que colocó una gran cantidad de fusileros y empleó ametralladoras y piezas de artillería para repeler el asalto.

Las tropas sublevadas fueron sorprendidas con tal acción, en dicha refriega fue muerto Bernardo Reyes, líder visible del movimiento, y Félix Díaz, en una presurosa retirada, agrupó sus restantes fuerzas, retirándose a La Ciudadela, en donde en vista del fracaso momentáneo del plan se puso en contacto con otros oficiales del ejército,

como fue el caso de Aurelio Blanquet, para reanimar la asonada en contra del gobierno maderista. José Mancisidor apunta: fallida la intentona rebelde de apoderarse del Palacio, Félix Díaz y Manuel Mondragón buscaron una salida al conflicto. La Ciudadela se abrió en su imaginación como una promesa y una esperanza. De otro modo estarían perdidos.²

Madero se enteró del levantamiento en el Castillo de Chapultepec. Sin esperar, salió hacia Palacio Nacional seguido de su reducida escolta integrada por cadetes del Colegio Militar. A su paso se le unió el pueblo y en el trayecto, sabedor de las heridas del general Del Villar, nombró jefe de la plaza al general Victoriano Huerta, quien se le había unido durante su paso por la Alameda.

Efectivamente, las fuerzas militares de los golpistas se acantonaron en La Ciudadela —que ya había servido con anterioridad como cuartel del ejército—, las escuadras gubernamentales cercaron el edificio y esperaron las órdenes del general Huerta, quien ya para entonces estaba en consonancia con los golpistas y, gracias al auspiciado apoyo de Wilson, pudo ponerse en contacto con Félix Díaz, planeando de esta manera las repercusiones de los entrenamientos entre las respectivas fuerzas. El convenio entre estos consistió en escenificar una guerra falsa, “Huerta no mostró interés en los días siguientes en tomar por asalto el cuartel, y ni siquiera en impedir que recibiera víveres y abastecimientos”³

Este hecho de armas evoca otro muy similar acontecido durante los disturbios poselectorales del año de 1871. En esa ocasión los pronunciados se encerraron de la misma manera en La Ciudadela, y el general Sóstenes Rocha, cuya habilidad consistía en apaciguar las rebeliones por medio de métodos poco convencionales, recuperó la edificación en dos horas de combate. Este hecho de armas hacía pensar que la conducta militar de Huerta sería emular al general republicano y tan sólo se esperaban las noticias para resolver favorablemente la situación.

Sin embargo, las tropas del gobierno dirigidas por el general Victoriano Huerta se plegaron a las directrices del jefe de la plaza de México, quien hizo colocar una batería de cañones en torno del sitio y dispuso que las tropas bajo su mando —en gran parte se componían de batallones leales a Madero— asaltaran La Ciudadela en ataques frontales, maniobra encaminada a menguar el apoyo tanto civil como militar que sostenía a Madero en su sitio. Mientras que por otra parte los destacamentos pronunciados bombardeaban partes de la ciudad, y en especial Palacio Nacional, con base en un plano remitido a Félix Díaz por parte de oficiales de Huerta.⁴ La confusión se adueñó de la capital y las fuerzas del gobierno pusieron en práctica la estrategia huertista. Alan Knight menciona que “las

fuerzas del gobierno iniciaron el ataque sobre La Ciudadela con una carga masiva de artillería, seguida por un asalto de infantería; el resultado fue de 500 muertos, entre los cuales se incluía a numerosos civiles. Esta fue la pauta observada durante los cuatro días siguientes".⁵

Esta guerra falsa se caracterizó por la serie de asaltos perpetrados por la guarnición del gobierno, la cual fue rechazada prontamente por los seguidores felicistas. Las tropas leales a Madero —los rurales y algunos cuerpos de cadetes del Colegio Militar—, fueron traídos de afuera de la ciudad de México; gran parte de ellas se encontraban en la campaña militar contra el zapatismo. De modo tal que en apego a lo estipulado en el plan de batalla fueron enviadas a inútiles asaltos frontales contra el fuego de Díaz⁶ a tal grado que causaron infinidad de bajas en las huestes leales al Apóstol de la democracia y en la misma población civil. Los batallones bajo el mando huertista, en especial los cuerpos castrenses que respetaban su posición dentro de la milicia, permanecieron a la expectativa ya que estuvieron orientados a permanecer inactivos para entrar a combatir cualquier anomalía.

La estrategia felicista convenientemente apoyada por Huerta y avalada por Wilson consistió en mantener en apariencia un combate desesperado contra las tropas federales y mantener vivo el caos callejero, mientras que se bombardeaba el Palacio Nacional. El propósito de la batalla tenía el claro objetivo de eliminar el mayor número posible de tropas adictas al presidente y desestabilizar el gobierno. El historiador Charles C. Cumberland menciona que "Con Félix Díaz atrincherado en La Ciudadela, en general Huerta apostado en el Palacio Nacional y la plebe recorriendo agitadamente las calles, se inició la sangrienta lucha conocida como "La Decena Trágica". Desde el principio la lucha por la ciudad e México fue una brutal burla a la decencia, la justicia y la honestidad. Los conspiradores, entre los que pronto se contaría Huerta, sembraron la muerte y la destrucción por la capital como parte de un plan deliberado para excitar a la turba hasta que exigiera el derrocamiento de Madero para terminar con la carnicería."⁷

En vista de los acontecimientos, el presidente optó por seguir apoyando a Huerta, pese a las muestras de sedición. Existían informes que daban como un hecho el entendimiento entre Díaz y Huerta, rumores que llegaron al conocimiento del hermano del presidente Gustavo Madero, "quien por medio de un amigo se había enterado de las reuniones entre Díaz y Huerta, detuvo a Huerta y lo llevó a las dos de la mañana con el presidente. El general se defendió aludiendo a su fidelidad y sus servicios cuando reprimió la rebelión orozquista, y prometió tomar medidas decisivas contra los rebeldes al día siguiente. Madero

reprendió a su hermano, dejó en libertad a Huerta y le dio un plazo de 24 horas para probar su lealtad."⁸

Las escaramuzas en las calles por el rumbo de La Ciudadela continuaban. Los edificios cercanos fueron recuperados por las tropas leales, sin embargo la desconfianza reinaba dentro de los círculos del gobierno, a tal grado que uno de los generales en los que confiaba el presidente, Felipe Angeles, fue traído de la campaña contra Zapata para que influyera en el resultado; empero fue relegado por Huerta y comisionado a funciones bélicas de poca importancia. Los rurales, grupo de soldados irregulares, seguían enfrentando a las tropas bien parapetadas de los sublevados.

La situación del gobierno era insostenible. No había indicios de rendición, las operaciones militares continuaban mientras que tropas leales a Huerta apostadas en el Palacio Nacional, que mandaba Blanquet, en un movimiento rápido lograron capturar al presidente Madero, con esta maniobra la guerra falsa terminó. Los hermanos Madero, Francisco y Gustavo, sufrieron la suerte del vencido.

Desde el inicio de las hostilidades hasta la captura del presidente, la Decena Trágica es uno de los episodios de triste memoria para el proceso revolucionario mexicano. La simulación de la toma de La Ciudadela y la marginación de tropas leales a Madero ayudó a la realización de los planes de los pronunciados. Con el asesinato de Madero y Pino Suárez se levantaron en armas nuevas facciones. La lucha militar y política se alargó por más tiempo. La llegada al poder de Victoriano Huerta trajo consigo la ruptura de la legalidad y el orden. Con la derrota política y militar de Madero, y el arribo al poder del militarismo, las condiciones en México causarían alarma al evidenciar la fragilidad de la figura presidencial durante esos días aciagos.

* Investigador y subdirector de investigación histórica del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

¹ Friedrich Katz. *La guerra secreta en México*. México, Ed. Era, 1982, p. 119.

² José Mancisidor. *Historia de la Revolución Mexicana*. P. 185-186.

³ Adolfo Gilli. *La Revolución interrumpida*. México, Ed. El Caballito, 1971, p. 84.

⁴ Cf. Friedrich Katz. *Op. cit.* p. 121.

⁵ Alan Knight. *La Revolución Mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional*. México, Grijalbo, 1996, p. 541.

⁶ John Mason Hart. *El México revolucionario*. México, Alianza Editorial, 1992, p. 357.

⁷ Charles C. Cumberland. *Madero y la revolución mexicana*. México, Ed. Siglo XXI, 1977, p. 269.

⁸ Stanley R. Ross. *Francisco Madero. Apóstol de la democracia*. México, Grijalbo, 1977, p. 288-289

